

MOVIMIENTO LIBERAL



Año I

Fuente del Maestro 1.º de Marzo de 1899.

Núm. 6.

El liberalismo y el parlamentarismo producen en todas partes los mismos efectos; es un sistema que ha venido al mundo para castigo del mundo, y que acabará con todo, con el patriotismo, con la inteligencia, con la moralidad y con la honra.

Es el mal, el mal puro, el mal esencial y substancial.

Y una de dos: ó hay quien dé al traste con ese sistema, ó ese sistema dará al traste con la nación española.—DONOSO CORTÉS.

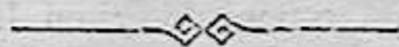
CONDICIONES

Subscripción por un año 2'50 pesetas.
 " por un semestre. 1'50 "

No se admiten suscripciones por menos de un semestre.—Anuncios y escuelas mortuorias á precios convencionales—Toda la correspondencia al Administrador.—El pago anticipado y en la forma más cómoda que pueda verificarlo el suscriptor.

MOVIMIENTO RELIGIOSO

El día 19 del mes pasado, primer domingo de Cuaresma, predicó en la Santa Iglesia Catedral el Excelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis, el cual, con la elocuencia fácil y persuasiva que le caracteriza y con un estilo correcto y sencillo desarrolló el tema de su discurso. Este versó acerca del estado actual de la sociedad, entregada á todo género de excesos y desmoralización, y como consecuencia de esto, las desgracias que pesan sobre nosotros. Tuvo frases inspiradísimas para poner de manifiesto el reinado de los siete pecados capitales que todo lo invade; censuró con gran energía la libertad en que se deja á los protestantes de establecer capillas y propagar su culto, aquí, en la nación que fué católica por excelencia. Concluyó advirtiéndolo que no esperásemos encontrar alivio en nuestras desgracias ni remedio á tanta desventura mientras los padres descuidan tanto la educación de sus hijos y por doquier se profiriese tanta inmunda blasfemia; mientras se hiciese alarde de los vicios más bajos y ruines; mientras las cátedras estuviesen ocupadas por profesores anti-católicos y los libros de texto plagados de errores y mientras la prensa impía propague sus nefandas doctrinas y ensalce lo que debiera censurar. Lástima grande no podamos, por el corto espacio de que disponemos, insertar íntegro tan hermoso é inspirado Sermón, que causó profunda impresión en el ánimo de cuantos le escucharon, como ocurre siempre que nuestro dignísimo y virtuoso Prelado ocupa la Sagrada Cátedra.



MIREMOS MAS ALTO.

«Toledo 1.º de Noviembre de 1895.—
 »Sr. D. Alberto J. de Thous.—Mi muy
 »querido amigo: Miremos al Cielo, donde
 »nada existe turbado ni alterable y aparte-
 »mos la vista de la tierra, donde la confu-
 »sión y las miserias han extendido un man-
 »to de palpables tinieblas.....
 ».....
 »..... De todo corazón le ben-
 »dice su atento servidor,—† EL CARDENAL
 »MONESCILLO Y VISO, *Arzobispo de Toledo.*»

Todo tiene su principio, su orden, su concierto y su fin en la naturaleza, de tal modo, que, al contemplar cada una de sus obras, no podemos menos de asombrarnos ante la sabia Provincia que las regula y ordena... Brilla el sol, al día sigue la noche, las estrellas embellecen el firmamento, sucédense con admirable regularidad las estaciones, dá la tierra sus frutos, y, ora lánguida y triste en el invierno parece que descansa de su inmenso trabajo, como hermosa y sonriente en primavera, cúbrese de flores y se engalana con los más ricos y preciados dones. En medio de ella, toma relieve la arrogante figura del hombre, rey de la creación, que tiene también sus leyes, á cuya observancia está afecto, no pudiendo eludirlas sin exponer sus intereses tanto en el orden físico como en el moral.

Y, en efecto; así como en el orden físico no es dable al género humano prescindir del frío y el calor, del aire y el agua, del alimento y la bebida, del trabajo y el descanso, sin que, alterado el organismo seriamente comprometa su existencia; del mismo modo en el orden moral no puede emanciparse de sus sentimientos y afecciones, de sus tradiciones y creencias, sin que al privarse de cuanto constituye el alimento y el rocío de su alma, caiga mortalmente herido en el abismo del vicio, del crimen, de la maldad y de la más espantosa barbarie...

Tan irrefutable verdad probada está por la razón y harto demostrada por la lógica inflexible de los hechos: Caín, dando despiadada y cruel muerte á su inocente hermano Abel; las ciudades de La Pentápolis, arrasadas hasta sus cimien-

tos y devorado por el fuego del cielo hasta el último de sus moradores; el pueblo de Israel, cautivo y siempre uncido al yugo de tiránicos opresores; Roma, soberana del mundo, terror del orbe, humillada, vencida y esclava de los que, en tiempos no lejanos fueron sus tributarios y vasallos: hombres y pueblos, sociedades y naciones, imperios y repúblicas, cayendo despeñados desde el apogeo del poder en la más terrible y aterradora de las ruinas... ¿qué otra cosa son más que ejemplos muy significativos del aislamiento de Dios y de que no en vano se quebrantan sus eternas y divinas leyes?

Y ¿qué otra cosa se cree sea ese profundo malestar, esa continua zozobra, ese constante desasosiego, ese palpable desequilibrio que se hace notar en todas partes así en el suntuoso palacio del magnate, como en la choza miserable del mendigo, más que las consecuencias de una excesiva disipación y ningún recogimiento de espíritu?

¡Ah! El desordenado afecto á los intereses, el abuso de los placeres y la total ausencia de Dios, causas son, sin duda, que desde hace tiempo vienen desgastando la sociedad por esa fatal pendiente, en cuyo término es imposible deje de encontrar la muerte...

Y... ¿qué otra cosa se podía esperar?

¿Querriamos, por ventura, que floreciesen los campos cuando no se cultivan y que produjesen sazonados frutos cuando no se riegan? Es decir ¿que fuese nuestra sociedad un acabado modelo, cuando gastada por demás y entregada al torbellino de tan encontradas pasiones, ni un solo momento consagra á concentrarse en sí, á recogerse y á reconstituirse?

¿Es posible que rodando vertiginosamente por tan accidentado plano lleguemos jamás á constituir para nuestro hogar, para nuestra familia, para nuestra amada Patria algo bueno, útil, sólido y estable, y mucho menos el bello ideal del progreso, el perfeccionamiento de la humanidad?

¿Es ese el recto camino que ha de conducirnos á nuestra regeneración? ¿O hemos de regenerarnos dando cabida en nuestro corazón á los vicios más repugnantes y asquerosos, pensando en *soirées* y otras impúdicas diversiones, asistiendo á las casas de juego, á los centros prostituidos por ilícitos placeres ó á los teatros donde se ensalcen los actos más sucios, rastreros y pornográficos...? ¿Es esa la senda de las virtudes heroicas que conduce al encumbrado sacrificio, ó

es la pendiente resbaladiza que precipita en el sepulcro á la lozana juventud de nuestros días...?

Entonces ¿cómo nos abandonan los que vienen más obligados á dar buen ejemplo? ¿Por qué nos dejan solos, solos en absoluto, los que por EL ALTO MINISTERIO QUE REPRESENTAN, DEBIERAN permanecer á nuestro lado, protegiéndonos en nuestra arriesgada y harto comprometida empresa...?

¿Por qué, pues, se gasta el tiempo en aprender teorías, en defender utopías, en investigar lo que más se adapta al desarrollo y al lucro, si no nos encontramos en disposición ni con voluntad firme de practicar nuestra felicidad...?

Lejos, muy lejos de nuestro ánimo la idea de retraer al hombre del trabajo para el que ha nacido; lejos, muy lejos de querer convertir la sociedad en un yermo, el mundo en inmensa soledad de anacoretas, día y noche entregados á la penitencia. Quédese esto para aquellos hermosos, privilegiados y nobilísimos espíritus á quienes Dios llama por ese camino, que nosotros envidiamos. Pero lo que en nombre del Cristianismo, de cuya fé tanto se alardea; en nombre de la razón, á la que se rinde culto; en nombre del egoísmo y de nuestra propia conveniencia no podemos menos de pedir que seamos algo más espirituales, un mucho menos materiales y de este modo no obtendremos la terrible maldición que el Salvador de los hombres fulminó contra aquel árbol que no daba fruto; siguiendo ese camino no tendremos que lamentar las funestas consecuencias de perniciosas doctrinas, cuya predicación públicamente se permite; por ese camino nuestros gobiernos ejercerían su elevada misión con equidad, caridad, justicia y energía; la hoy prostituida y metalizada sociedad volvería á la fé de las sociedades pasadas; el corazón del ciudadano amaría las patrias tradiciones...; y examinando continuamente nuestras manchadas conciencias, elevando los corazones al cielo, mirando más alto de lo que hoy miramos, veríamos desaparecer el prestigio de esas sectas infames, que han perdido impunemente nuestros dominios coloniales después que nuestros hermanos han vertido en los campos y mares de batalla estéril y generosa sangre...

Pensar en la regeneración nacional siguiendo otro camino, es pensar en los más grandes absurdos y vivir sumido en el mayor de los errores.

ALBERTO J. DE THOUS MONCHO

¡PASO Á LA JUSTICIA!

Con verdadera íntima complacencia nos honramos dando cabida en estas páginas á los hermosísimos siguientes párrafos, debidos á la acerada pluma de un Príncipe de la Iglesia.

Jamás fuimos rutinarios ni sistemáticos; antes al contrario: siempre hemos llamado á las cosas por sus propios nombres, pese á quien pese y caiga el que cayere.

Con esto verá el lector que somos muy imparciales y que las puertas de nuestro corazón están siempre abiertas de par en par con el fin de dar libre entrada á la justicia.

Parécenos haber dicho bastante, y..... vamos al asunto:

REGENERACION Y RESTAURACION

UNQUE la mayor parte de los ciudadanos apareciesen reformados en su corazón y en su espíritu, todavía no sería bastante para la reforma de la sociedad. Así como el cuerpo humano, aunque todos los miembros parezcan sanos, no goza de salud cuando permanece el corazón enfermo ó la sangre viciada, así la nación, que es un cuerpo moral, no puede decirse regenerada, cuando es viciosa su constitución y circula por las arterias y las venas de la sociedad el veneno que va consumiendo su vida. El pueblo vive de sus ideas y especialmente de su religión. Si son falsas la religión y las ideas que profesa, ese pueblo lleva en su seno el germen de la muerte, y muerte eterna.

No hay más que una verdad, la verdad infinita, que es la luz de todas las inteligencias. Esa verdad en el orden religioso, que es el camino que conduce al verdadero engrandecimiento, lucía espléndida en España; estrechaba todos los miembros del cuerpo social; circulaba libremente por sus venas, y fluía y reflúa vigorosa en su corazón. La robusta constitución de ese cuerpo ha sido debilitada y contrahecha por el liberalismo y la masonería: la sangre ardiente y viva ha sido envenenada por los errores liberales y heréticos; y el cuerpo ha sido maltratado y llagado por la licencia, ó el desenfreno de las perniciosas libertades, que luchan por reducir á esclavitud á la verdadera libertad, la libertad cristiana. Luego para que ese cuerpo sea regenerado, para que España camine segura á su restauración, es menester curar sus heridas, purificar su sangre, restituir á su antigua forma su constitución: es preciso extirpar el veneno y dejar libre el curso por todas sus venas, al principio vital: es indispensable que sean encadenadas las falsas libertades y expulsado el error heretical: hace falta que sea echado fuera Satanás, para que reine sin obstáculos Nuestro Señor Jesucristo. Por habernos sustraído á su dulce imperio, hemos caído; es forzoso volver á Jesucristo, si queremos ser regenerados y ensalzados.

Hay que volver á Dios con alma, vida y corazón, porque Él solo es *el camino, la verdad y la vida*; hay que volver á Él con la mente, con las palabras y con las obras: por la fé, por la profesión de su doctrina, por la práctica de su culto, por la observancia de sus mandamientos: hay, pues, que volver, proclamando, como principio, y aspirando á reponer como fundamento de nuestra deseada restauración, la bendita Unidad católica, en que, como en fortísimo alcázar defendido por las potestades seculares, se refugien y conserven la palabra de Dios, los mandamientos divinos, la enseñanza de la doctrina cristiana, los sagrados derechos de la Iglesia, la santa libertad de los fieles, el amparo de los débiles y la defensa de la legítima posesión de la fé en la inteligencia y en el corazón de los creyentes.

Pero ¿cómo llegaremos á tanta gloria, perseverando en el camino de la perdición?—Mientras se tolere la blasfemia y la profanación de las fiestas; mientras haya en nuestras Universidades é Institutos y Colegios cátedras ocupadas por libre-pensadores y masones; mientras el libro de texto esté plagado de errores, mientras la prensa periódica vomite cada día un diluvio de impiedades, y ridiculice la virtud y aplauda el vicio y pida honores y estatuas para los duelistas y suicidas; mientras el folleto, la novela, la caricatura y el romance estimulen y den pávulo á los inmundos deleites de la carne; mientras no se ponga coto á la desenvoltura en las plazas y en las calles; mientras se multipliquen sin reparo de las autoridades, los garitos y casinos de juego y las casas infames; mientras la administración pública se entregue á sujetos sin temor de Dios y sin conciencia; y los jueces y tribunales de justicia estén á merced del cacique ó de jurados ineptos y venales; en una palabra, mientras anden sueltas las revolucionarias libertades, es de todo punto imposible salir de nuestra lamentable situación. Multiplicándose los pecados, se va atesorando ira para el día de la justicia de Dios, que, si llega á ver colmada la medida, descargará sobre nosotros todo el peso de su brazo. Procuremos, pues, cegar las fuentes del pecado, si queremos que florezcan y fructifiquen la verdad y la justicia y con ellas la prosperidad y la paz.

Se dirá que para eso habrá que reformar la administración, la enseñanza, las leyes, y, sobre todo, el Gobierno, que es quien tiene en su mano los destinos de la Nación: y así ha de ser.—La necesidad de esa reforma es indudable. La razón lo dicta, y el sentido común lo está proclamando á grandes voces en las plazas y en las calles, y con mas fuerza en los periódicos, que, con rara uniformidad, vienen á decir lo mismo acerca de este punto; sus palabras pueden condensarse en esta frase de un conocido periodista liberal: «hay que acabar con esto, para que esto no acabe con nosotros, que ya nos estamos acabando.» Todos suspiran por la reforma, y todos parecen empeñados en lograrla. Centenares de reformadores han anunciado en los diarios sus proyectos, pero la mayor parte de ellos deficientes ó del todo ineficaces. Pretenden fomentar la agricultura y el comercio, rectificar aranceles, buscar nuevos mercados para nuestros productos, dejar libre la administración de los intereses regionales, dar nueva organización á los municipios y provincias, y abrir nuevos caminos á las iniciativas y empre-

sas particulares.—Todo eso estará muy bien; pero por añadidura: lo primero es buscar el reino de Dios y su justicia. Con las reformas anunciadas y otras semejantes no se devuelve la vida al corazón ni al espíritu: se logrará, si á tanto se llegan, cubrir tal vez con manto de púrpura al leproso: pero la púrpura de su manto no impedirá que su cuerpo vaya cayéndose á pedazos.

Los que así piensan regenerar á España son como el arquitecto que para restaurar el edificio se contentase con decorar su fachada, dejando carcomidos y en desorden sus cimientos: el nuevo aspecto de la pintura no daría otro resultado que hacer más inevitable la ruina.—Si esta nación desgraciada se ha de restaurar, es preciso atender lo primero al fundamento: á restablecer el imperio de la fé cristiana y proteger á la Iglesia en su ministerio de salvación.

Nuestros hombres públicos, los que militan en las filas de los partidos políticos turnantes, ó que aspiran al turno en el Gobierno, no parecen dispuestos á acometer la salvadora empresa: todos ellos, abrazados al liberalismo, se muestran más dispuestos á perecer entre las ruinas de la patria, que á trabajar eficazmente para salvarla: todos rehusan llevarla á los pies de Jesucristo, que es el único que, con decir una palabra, como al paralítico del Evangelio, le daría salud y movimiento.

El jefe de la agrupación menos liberal se ha expresado en estos términos: «Hemos de respetar el artículo 11 de la Constitución, *para nosotros esencial* á la vida del Estado moderno.» Luego el Estado bajo el régimen liberal, no cambiará de vida; y pues la vida es tal cual la contemplamos, sin blasonar de profetas, podemos decir que el Estado moderno correrá presuroso á su agonía. Si Dios permite que aparezca un instante como entre rayos de gloria, esa gloria será el postrer centello de la lámpara que expira. Entónces se habrá llenado la medida de las iniquidades, y la justicia divina llamará nuevos bárbaros que destrocen esta tierra ingrata: ó la entregará á la voracidad de codiciosas empresas extranjeras, ó como pasto á las turbas socialistas; y de cualquier modo, España dejará de ser España: ya no será nuestra patria, sino colonia abigarrada é informe de incrédulos, herejes, masones y judíos.

Para preservarnos de la inmensa catástrofe y emprender y llevar á cabo la obra de nuestra deseada restauración, hace falta, en opinión de todos, un gobierno nuevo; y no puede ser nuevo guardando en su corazón la sangre viciada de los que han de morir. Para que sea nuevo, es menester que lo sean, no sólo las personas, sino los principios y los procedimientos. Hace falta, pues, un gobierno ó un hombre no contaminado de liberalismo, un hombre según Dios, de corazón generoso y brazo fuerte, que venga como ministro del Señor á «desarraigar y destruir, y arrasar y disipar, y edificar y plantar.» Un hombre, traído de la mano de Dios, y que de Dios sea fiel servidor, y en Dios ponga su esperanza. Entónces «el Señor irá delante de él, y humillará los grandes de la tierra y romperá las barras de hierro, y le dará los tesoros ocultos y las riquezas recónditas:» entónces «el Señor derramará aguas sobre la tierra sedienta, y hará correr caudalosos rios sobre los eriales: derramará su espíritu sobre el linaje de Jacob y

benedicirá sus descendientes; y crecerán como crecen los sauces junto á las corrientes de las aguas:» entonces «se doblará ante el Señor toda rodilla; y el Señor, de quien es la justicia y el imperio, confundirá á todos los que se le oponen, y la posteridad de Israel, nuestra amada patria, será justificada y glorificada.» (Isai. 44 y 45.)

Pero ¿de dónde, cómo, y cuándo vendrá ese restaurador deseado?—No podemos adivinarlo: es secreto de Dios. Pidámosle, pues, que se digne suscitarle y enviarle pronto, porque, si no le envía, pereceremos; puesto que la humana prudencia y la voluntad de los hombres poco pueden ó poco quieren hacer por sí mismos.

Para llegar á constituir un gobierno verdaderamente cristiano, no tenemos ahora abierto más que un camino, las elecciones populares; y es muy peligroso entrar en ese camino, porque está lleno de tropiezos, de salteadores, de atropellos, vejaciones y escándalos..... y hasta manchado de sangre. La libertad del sufragio, como las otras libertades liberales, es una mentira: el Gobierno tiene en su mano la cuerda de que está cautiva esta libertad, y esa cuerda se suelta ó se recoge á voluntad del ministro, para que no salgan otros diputados y senadores que los que convienen á la vida del partido imperante. Por eso, y por otros motivos que saltan á la vista, encargamos de nuevo á los eclesiásticos que se abstengan de tomar parte activa en las elecciones. Los fieles, que se hallan en circunstancias diversas, bien podrán ir á las urnas, con tal que ni el odio, ni el espíritu de venganza, ni otra pasión mezquina, ni la vil servidumbre á un cacique, sino la rectitud de intención y la buena voluntad los acompañen; de suerte que su voto vaya siempre ordenado al triunfo del bien y nunca del mal.

Mas por si acaso los llamamientos de Dios y los castigos presentes no son bastantes para que la España oficial retroceda de su mal camino; por si fuesen pocos los que, humillados bajo la mano de Dios, hagan penitencia y trabajen con provecho en la santa empresa de lograr la verdadera regeneración de nuestra patria..... no olvidéis, venerables hermanos y amados hijos, que somos peregrinos, y que ha de acabar pronto nuestra peregrinación. Somos pasajeros en la *nave del Estado*, que va bogando á merced de las olas; si, por desgracia, los desaciertos ó las culpas de los gobernantes y de la tripulación, provocando más y más el enojo divino, atrajesen sobre la nave la ira del Señor, y el Señor la condenase á perecer por el fuego, ó sumergida en el fondo del mar, levantad vuestros ojos al cielo y deplorad la locura de los que cierran los suyos para no ver brillar el faro de la fé, y continúan, mientras el barco naufraga, riendo y divirtiéndose y entregándose á los apetitos terrenales, sin reparar en el peligro que corren, y como si el viaje nunca hubiera de terminar. ¡Infelices! La travesía es corta, y pronto llegará para ellos el momento de la horrenda catástrofe, que los precipitará para siempre en el abismo, donde ya no hay risas, sino perpétuo llanto; en cambio, nosotros, abrazados á la tabla salvadora de la Cruz de Cristo, llegaremos felizmente al anhelado puerto de nuestras esperanzas. Allí nos esperan los que nos precedieron en los combates por la fé y por la justicia; y allí,

venturosos al lado de Jesucristo, á quien servimos, y de la Santísima Virgen, nuestra Madre, aguardaremos, con los demás que nos sigan en la misma senda, el día último, en que el pueblo de Dios será glorificado y sus enemigos confundidos para siempre.

† VICENTE SANTIAGO,

Obispo de Santander.

LO NO CONTAMINADO.

LA MUJER RELIGIOSA.

En medio del confuso torbellino que, por desgracia, levantan en España las pasiones políticas, sociales y religioso-sectarias; en medio del polvo de las ruinas que de día en día se amontonan en este ardiente campo de batalla, cuyo vértigo todo lo envuelve y atropella; entre la incredulidad que avanza como la corriente desbordada de una inundación; en medio de tan espantosas confusiones... hay algo que contrasta con el tumulto arrollador y la agitación devastadora de estos tiempos perturbados y calamitosos: *la mujer religiosa* aparece, nunca débil para desmayar por el cansancio y ante la desesperación de la vida; busca en las purísimas fuentes de la Religión ejemplos y símbolos contra esa fría impiedad, que invade el cuerpo social á modo de gangrena; se acuerda de Dios, cuando tantos le olvidan, edificando lo que muchos destruyen y, quiere salvar, del general naufragio, el sagrado depósito de nuestras creencias amenazadas.

En ella se eleva ese sentimiento sublime que la aproxima á la mansión infinita donde su espíritu la remonta. Siente, verdaderamente, esa fé cristiana, ese fuego santo que arde en lo más íntimo de nuestro ser, tendiendo á revivirla en estos tiempos de incertidumbres y dudas, en que tan rudos golpes se le asestan.

Esa mujer, que revela un alma noble y generosa, es un libro de combate, una protesta, una queja contra ese viento tempestuoso que pasa sobre la tierra removida de Europa, intentando derribar el sano y solidísimo tronco de nuestros sentimientos y creencias.

Animada por el espíritu de Dios, consuela al desvalido, y, cura, solícita, en los asilos y hospitales, las enfermedades del alma y del cuerpo.

Hace vibrar las cuerdas del sentimiento femenino, de esa grandiosa arpa humana, donde todas las ternuras y todos los dolores encuentran un himno ó un lamento. Todas sus aspiraciones, todas sus penas tienen su nota, su gemido, sus lágrimas: esté satisfecha de su obra: donde expone el influjo eterno de la idea, ó, mejor dicho, del sentimiento religioso sobre la vida humana, hace resaltar el enlace nunca interrumpido que existe entre la tierra y el cielo: el que goza, sufre y aspira, y el Dios que lo ha creado, poniendo como límite á las miserias del mundo, la inefable esperanza de lo desconocido, que empieza en la hora suprema de la agonía.

Madrid, Febrero de 1899.

ÁFRICA.

La Calumnia.

Molécula á molécula agrupada;
terrón sobre terrón,
capa á capa se va formando un monte
por yuxtaposición.

Así va progresando poco á poco
la calumnia mordaz,
y llega, grano á grano y capa á capa
sus montes á formar.

Para las duras moles de granito
que el tiempo hace crecer,
hay brazos y constancia, y duro hierro
que las llega á romper.

¡Para las negras moles que con llanto
la calumnia amasó,
no hay palas ni piquetas ni barrenos,
sino el juicio de Dios.

J. J. V.

MAS SOBRE EL CARNAVAL.

Los escritores católicos han combatido siempre esta fiesta no solo por lo que tiene de pagana sino por ser fuente fecunda de inmoralidades, como las estadísticas acreditan á diario y contra las cuales parece que de nada valen los consejos de la Iglesia, dados á diario desde la cátedra sagrada y especialmente en estos tres días de locura y disolución, que preceden al santo tiempo de Cuaresma.

El pecador se asemeja al ciego de Jericó, que, sentado á orillas del camino clamaba: «Señor, Cristo, hijo de David, ten misericordia de mí» pero como tenía fé y fé profunda no cesaba de pedir la vista material que le fué concedida por quien era autor de la naturaleza; más ahora se oyen voces análogas en la sociedad, que parece despeñarse á

abismos insondables, donde habrá *llantos y crugir de dientes?*

Nosotros veríamos con gusto que la autoridad civil secundara la acción de la eclesiástica, seguros como estamos de que las familias habrían de agradecer semejante determinación, que en mucho contribuiría al mantenimiento del orden público, sino á mantener la paz doméstica, ahogando en gérmen las desavenencias á que dan lugar los gastos crecidos impuestos por unas diversiones para las cuales no alcanza la modesta fortuna de la casi mayoría de los padres de familia.

El lujo desplegado en los bailes, en esas expansiones naturalistas del sexo débil, acarrea la ruina por el afán é inmoderado deseo de competir unas bellezas con otras, que, cual fuegos fátuos brillan un instante, dejando sumidos en honda desesperación económica á los padres débiles y condescendientes por no resistir con energía ruegos inoportunos.

Los momentos actuales no son los más convenientes para buscar soláz al cinismo en orgías y desenfrenos, aunque para tales diversiones se designen los engalanados salones del Casino ó los modestos del Círculo de obreros; en unos y otros corren el mismo riesgo el pudor y la inocencia, por consentir las llamadas conveniencias sociales de los bailes de sociedad ciertas intimidades que en otra ocasión y sitio no permitirían los padres más despreocupados: conocidas son de todos las opiniones de Dumas sobre el baile.

La pátria española ha sufrido hondas conmociones y violentos vaivenes allende los mares; muchos de sus hijos han muerto defendiendo el honor hispano, y si la victoria no ha sido el premio de tan generosos esfuerzos, atribuyámoslo á las públicas transgresiones de la ley de Dios, á los ultrajes á la misma inferidos con tolerancia al menos de los que por la alteza de sus cargos tenían el deber de no consentir actos, que han atraído sobre el pueblo de Isabel y de Fernando las iras de Dios ofendido; y ¿qué hemos hecho para desagraviarle? Actos públicos de carácter oficial ninguno; el sacerdote ha orado entre el vestíbulo y el altar; las vírgenes del Señor han elevado sus puras oraciones así como las Cofradías y Hermandades; mas todo esto no significa la participación del Estado, cuyo catolicismo es de *cascarilla*, como decía con acerado estilo una personalidad saliente de nuestra literatura.

Qué hermoso ejemplo de religiosidad nos ofrece el congreso de Colombia! Ojalá pudiéramos decir otro tanto de nosotros!

La supresión del Carnaval por acuerdo gubernativo habría sido bien acogida hoy que la Nación debiera estar de luto, dadas las generales desgracias que con inmensa pesadumbre gravitan sobre nosotros y cuyas consecuencias habremos de lamentar por tiempo indefinido: qué terminar más triste tiene para España el siglo XIX!

VERITAS.

Badajoz y Febrero de 1899.

¡A BAILLAR!!

I

UN ANGEL.

MATILDITA.

Así llamaba Doña J. R. de Z. á su hija, fruto amoroso de su unión en santo matrimonio con Don L. de Z. A.

Matilde era, entre las rosas de su casa, una flor hermosísima; pero, en el tiempo á que nos referimos, no era una flor que tuviera cerradas las hojas en su capullo y que jamás hubiese visto la luz del sol ni sentido el menor soplo de la brisa matinal, aunque tampoco flor ajada y marchita, ni de aquellas que, habiendo dejado caer sus pétalos se entretienen en madurar la semilla. Era, sí, de aquellas flores que vibran candorosas sobre un tallo, abiertas con sencillez y magestad, generosas con el viento que las mece y que entregan sin medida los tesoros de su aroma. Era, en fin, una joven que aún no había sentido sonrojado su rostro bajo la influencia de los rayos abrasadores del sol que alumbra las ilusiones frustradas, ni había sufrido en su corazón los desastres consiguientes á la tempestad de un amor mal entendido, ni aún sobre su voluntad virgen se había posado la juguetona mariposa del capriche, depositando allí esa finísima purpurina de sus alas, que siempre mata.

Había cumplido diez y siete años.

Su frente serena y sin rebozo, sus ojos negros, pero suaves y con tal expresión que, una de sus miradas, lanzada al espacio, había de conseguir un saludo respetuoso de cuantos la rodeaban; su rostro, como de nacar y ligeramente sonrosadas sus mejillas pregonaban pureza por todas partes; y, sus labios de carmín tenían un incomprendible *no sé qué* cual si la bondad quisiera derramarse por ellos á manera que el sol envía sobre los mortales en hacecitos de luz los torrentes de su hermosura. Su corazón sin doblez, sincero, noble y esforzado, ardía en entusiasmo cristiano, desbordándose en esos actos generosamente con la impetuosidad con que se desbordan las cascadas Arche, Gavarnie y Tosa.

La tierra toda era muy pequeña para sembrar en ella tantas felicidades como su alma, llena de abnegación y de amor al sacrificio, se encontraba dispuesta á conceder.

II

EL TENTADOR.

Doña J. R. de Z., señora muy cristiana, me dispensaba un afecto que tan solo pude recompensar con el mío.

Varias veces me ví en la ineludible precisión de acompañarlas en su coche, á dar, como ella decía, *una vueltcita por levante y el muelle viejo*. (1)

Un día al regresar de una de esas *vueltcitas* y después de un corto tiempo empleado en conversación familiar le dice á su Matildita:

—Niña, arreglarse ya. ¡Qué quiere V., dijo dirigiéndose á mí, estamos en el domingo de *piñata!*

Claro está que comprendí al momento de qué se trataba, y tomando una actitud de seriedad, cual nunca me había permitido ante tan apreciada señora, le contesté:

—¡Qué he de querer! ¡que no asista! Sin que pretenda abusar del cariño que á V. debo le diré que creo será V. responsable ante Dios y ante los hombres de lo que en esa alma hoy pura puede pasar al verse en esas diversiones tan ardorosamente deseadas y buscadas con tanta avidez por la juventud.

Esos bailes, ya sean en los salones de la aristocracia, ya en las modestas casas de las clases menos acomodadas son, generalmente hablando, ilícitos y anticristianos. Ilícitos porque se hayan condenado por los escritores cristianos, por los Santos Padres, por los Concilios y por la Sagrada Escritura, como *uno de los placeres más peligrosos para las costumbres*: anticristiano, porque en las fiestas paganas reinaba el desenfreno lo mismo en la palabra que en el ademán, trajes y movimientos; y nuestra Santa Madre la Iglesia siempre ha procurado abolir, ó al menos purificar, semejantes diversiones; pero los bailes de hoy, en general, son hijos naturales de aquellas madres impuras, es, por tanto, evidente que van contra todo espíritu cristiano.

—Nunca he visto á V. tan fuerte ni tan rigorista. Yo no negaré que los Santos Padres hayan hablado contra los bailes de entonces, pero los de hoy...

—Peores que entonces, porque entonces, habiendo más respeto á la Iglesia y más conocimiento de la ley divina y más fé, el que era cristiano sabía que estaba prohibido y no iba, y si lo realizaba era en conciencia de que obraba mal; de modo que, allí, ya se sabía la clase de personas que se reunían;... Pero hoy, que... se quiere hacer ver lo negro blanco y lo blanco de *otro color*, hoy se hacen pasar los bailes como cosa corriente, sin peligros... y á ellos van todos, hé ahí porqué son peores hoy, porque antes de entrar no se quiere ver al enemigo. Por otra parte; así como entonces los Santos Padres condenaban el baile ¿no lo condenan hoy, también, los encargados por Dios para decirnos dónde está el veneno y dónde el alimento sano? ¿Me puede V. presentar ni uno de los moralistas de hoy que no condenen el baile de nuestros días como peligro inminente de toda moralidad? Todos convienen en lo mismo y ¿no tenemos las palabras de Dios que nos dice «el que ama el peligro en él perecerá? ¿ó es que hay *diferentes* Escrituras Sagradas que se amolden á los distintos gustos?

—Está bien cuanto V. dice, y no puedo oponerme á ello, porque ¡claro está! si los moralistas todos escriben lo mismo, nosotros no somos quiénes para levantar una ciencia en contra: sería ridículo; pero también V. convendrá conmigo que no todos los bailes son peligrosos.

(1) Málaga.

—Convenido. Pero á esos no va esta noche Matilde y precisamente es lo que condeno, y niego en absoluto, el que no haya peligro en bailes donde asisten jóvenes de uno y otro sexo, y en donde *se agarran y se estrechan...* Ir contra esta proposición es no conocer el corazón humano, Encontrar un baile en donde *ellos y ellas* se cojen en el *wals*, la *polka*, la *mazurka*, etc. con libertad y desenvoltura que ya se sabe, y donde ellas usan trajes... y aun sin esos trajes; y decir que en ese baile no se abren las puertas de par en par á la fea, horrorosa y repugnante lujuria, es lo mismo que afirmar ser posible entrar en el infierno sin abrazarse.

—Entonces ¿por qué se ha bailado siempre? porque el baile es una costumbre antigua y forma parte de nuestras costumbres.

—Y yo pregunto: ¿no se ha blasfemado siempre? y es pecado la blasfemia. ¿No hubo siempre mujeres infieles á sus maridos? y, sin embargo, no hay ley divina ni humana que sancione semejante infidelidad. Y ese *siempre* que V. dice no autoriza á todas las mujeres para ir contra la santidad del matrimonio. Es una costumbre antigua y ¿hay alguna costumbre pecaminosa que sea admitida por el Evangelio? y aunque sea una de nuestras costumbres ¿no resultaría que con *esas* se condenen muchos? mil casos pudiera referirle de personas que, desde el salón del baile seguramente pasaron al infierno. En fin, recordaré á V. las siguientes palabras de la aristocrática señora Genlis: «Sería de desear que nuestras jóvenes »(hablo de las que aún tienen idea del pudor) puedan, ocultas, en un rincón, oír »las conversaciones de esos hombres, á los que se abandonan con tan poca reserva.» No me quedaré sin citar á V. otra mujer, pero mujer de mundo, Mad. de Staël: «Cuando asisto, dice, á ciertos bailes de moda hoy, recuerdo involuntariamente las diversiones de ciertos animales. ¡Oh como domina el instinto »bestial en esas reuniones, donde la palabra *pudor* no existe ni puede existir, »porque el baile, sobre *wals* es su inmolación voluntaria y funesta.» De donde se deduce, señora J..., que, al obligar V. á Matildita ir al baile, hace V. para con ese ángel el oficio de tentador.

III

ANGEL CAIDO

Había á penas terminado de pronunciar estas mis últimas palabras, cuando Matildita se hizo presente, vestida de su lujosísimo traje de baile.

¡Cuán distinta! Todavía el candor de la inocencia respiraba en su semblante. Sus labios, semejantes á las puertas de la primavera, se entreabrían con su sonrisa de ángel, característica de su ser; su cabeza se elevaba por encima de los adornos con que ataviase su cuerpo, como el pino sobre el oloroso abedul; su rubia cabellera rizada, caía graciosamente sobre sus ebúrneos y casi desnudos hombros como los rayos del sol sobre los montes nevados.... pero allí encontraba yo la expresión de un combate interior, así como inquietud con mezcla de orgullo; me pareció encontrar allí algo de frío y de inacción, pero un frío no como el del polo, sino semejante al de lo tenebroso, ese frío *glacial* que hiela el alma lentamente hasta darla muerte por completo. Me pareció ver salir por aquella despejada frente nubes de pensamientos que, sin tener punto fijo, iban á perderse en el espacio como las olas del río se confunden con las del mar. Creí ver en aquel corazón la obscuridad de la media noche bajo la cual se ocultaba un precipicio; como bajo las espantosas tinieblas, que en otro tiempo mandó Moisés extender sobre el Egipto, dormían el candoroso Nilo con sus catorce riberas y los orgullosos sepulcros de los reyes....

—Mamá ¿te gusto?—dijo cuando se vió cerca de nosotros, dando á su esbelto talle una arrogancia tan expresiva que confirmó más mis pensamientos.

—Muy bien, ángel de mi vida —contestó doña J..., con aquella complacencia propia del orgullo que triunfa y se ve satisfecho.

—Conque á trueque de *su rigorismo* espero que V., será tan amable que nos honrará con su compañía durante esta noche de expansión social.

Vióse mi alma ofendida en lo más íntimo de sus sentimientos y convicciones al dirigirme aquella mujer tan baja invitación, «EL ÚLTIMO DE LOS VICIOS», como la hubiese llamado Cicerón; y como dice Ovidio, poeta voluptuoso, que los salones de baile «SON LUGARES DE NAUFRAGIO PARA EL PUDOR» y que el baile «ES SEMILLERO DE TODOS LOS VICIOS, me levanté con toda la firmeza de mi carácter, y la dije:

—Amiga mía: ya que V., conociendo mis creencias, se atreve á invitarme para un baile en plena Cuaresma, no me detengo en decirle que si los ministros protestantes, entre ellos Ciriaco Spangenberg, dicen que «LOS BAILES ENTRE JÓVENES NO SON MÁS QUE UNA REUNIÓN EN LA CUAL SE EXCITAN LA CONCUPIESCENCIA Y LA IMPUREZA»; si las iglesias reformadas de Francia decretaron que «los que frecuentan los bailes, sea para bailar, sea para mirar á los que bailan DEBEN SER EXCOMULGADOS»; si así se expresa esta secta, enemiga de Dios, y sin embargo V. se obstina en que ese ángel vaya á perderse, créame que el cristianismo de V. es peor que el protestantismo de aquéllos. Satanás ha arrojado en esta casa cristiana una bocanada de su pestífero aliento; él sugiere aquí locas intenciones y presta fuerzas extraordinarias. Conseguirá su fin Usted llorará sus consecuencias.

Esto dije, y salí, dejando en aquella casa el aviso de la tempestad que en breve estallarí, haciendo temblar hasta el monte Séir y el formidable Hermón; salí, repito, de aquella estancia con el presentimiento de que el impetuoso huracán doblegaría bajo su soplo violento las verdeantes cimas de las más altas montañas dó habita el águila que lleva en sus alas de oro el mensaje de la virtud... Salí... pero muy triste, porque llevaba en mi espíritu el pleno convencimiento de que las olas de *aquel mar*, en la noche del *Domingo de Piñata*, se levantarían furiosas hasta cubrir, no solo las alturas del monte Carmelo (1) y toda la montaña de Siria, allende la Cadena del Líbano, si que llegarían más allá sus espumosas aguas... hasta tocar en el cielo y arrastrar tras sí al ángel, que, hasta entonces había usado solamente el lenguaje del puro amor, y que después no tenía otro que el de las lágrimas y suspiros...

IV

EXPIACIÓN.

No he vuelto á ver á Matilde; pero conocí á un sacerdote, por cuya salvación muy mucho me intereso y por éste sé, con toda certeza, que, en el año 1894 asistió, en sus últimos momentos, á un joven, quien, poco antes de morir, le hizo entrega de un legajo de cartas, autorizándole para que hiciera de ellas el uso que más conveniente le pareciera, en provecho de las almas.

El legajo contenía cincuenta y tres cartas; (2) en una se citaba á este joven para entrar en casa á las dos de la madrugada, por un balcón del jardín; en otra se hablaba de muchas lágrimas, porque hacía *ya dos meses que se encontraba...*; en otra leíase esta expresión: «tu hijo será, después de mi muerte, tu verdugo...» y, en fin, entre otras *muchas cosas*, decían: «Repruebo tu proceder inicuo desde aquel Domingo de l'ñata, en que, con tus palabras de fingido caballero, hiciste caer á este ángel...»

Todas estas cartas estaban firmadas por Matilde.

TERESA.

(1) Matilde había tenido vocación de Carmelita.

(2) Que me consta fueron devoradas por el fuego.

⇒ CRONICA ⇒

Por la prensa diaria, dedicada á la información deben ya conocer nuestros lectores dos desgraciados sucesos acaecidos en la última quincena. Aun cuando así es, no estará demás perpetuemos la memoria de ambos, diciendo lo que es de justicia respecto al primero y admirando una vez más el poder de la Divina Providencia en lo que al segundo se refiere:

I

El crimen de Lille.

En Francia se ha suscitado otra cuestión, aún de peor cariz que la tan resobada de Dreiffus. Es el caso que desapareció hace días un niño que se educaba en el colegio de Hermanos de la Doctrina Cristiana de Lila. Conviene advertir que Lila es una población donde existe un núcleo considerable de católicos ferventísimos, y también otro de sectarios furibundos, capaces de las mayores enormidades para desprestigiar á los Institutos religiosos y desahogar su furibanda rabia contra la Iglesia.

Volviendo al relato de lo sucedido, ha sido el hecho que el desgraciado niño á que nos referimos, apareció muerto, y con señales de haber sido inhumanamente asesinado, dentro de un cajón en una de las habitaciones del colegio. El juez de Instrucción ha dirigido el proceso contra uno de los hermanos que se llama Flamidio, contra el que dicen existen dos cargos: primero, la semejanza de su letra con la escrita en un papel que se ha encontrado dentro del cajón en que estaba el cadáver, y la turbación que se apoderó del religioso delante del mismo cadáver. Esto ha bastado para que todos los periódicos radicales, socialistas y judíos, den por cosa demostrada é indubitable que el hermano Flamidio es el verdadero asesino del infortunado colegial.

El hermano lo niega terminantemente; los otros hermanos y los colegiales aseguran que á la hora en que, según los médicos, se cometió el crimen, el acusado estaba con ellos en la sala de recreación; se ha probado que el cadáver pudo ser introducido desde fuera del colegio, dada la disposición de los lugares; se sabe que un hombre perverso, de malísimos antecedentes y encenegado en los vicios los más asquerosos, rondaba en estos últimos días el colegio, frente del cual vive y acaba de ser detenido por ofensas á la moral, pero ¿qué vale todo esto para los enemigos de la Iglesia y de los institutos religiosos?. Se les ha presentado la presa de un religioso que puede ser condenado por asesino, y no la han de soltar tan fácilmente. No hacen caso de nada, y adelantándose al tallo de la justicia, gritan desaforadamente: el hermano Flamidio es el asesino.

Pero aunque así fuese (que hay muchos indicios para suponer que no lo es, y que aquí se trata de un nuevo caso, semejante al de la hermana bolleta, de Portugal), aunque lo fuese, aunque ese hermano, cegado por una pasión loca ó por ser infame, hubiese cometido este monstruoso crimen, ¿qué sucedería de aquí? Pues nada más sino que el hermano Flamidio era un lobo con piel de oveja, un bribón digno de la guillotina en este mundo, y del infierno en el otro, si no se arrepiente de su maldad. Pero los sectarios en Francia quieren sacar otra consecuencia: la de que todos los religiosos asesinan niños, la de que la Iglesia es tapadera de crímenes y otras enormidades por el estilo, con las que soliviantan los ánimos de la muchedumbre, y tratan de inaugurar una nueva era de persecución contra los católicos.

Esta misma generalización infame y estúpida es otro indicio que permite sospechar, si en todo esto no hay más que una torpe maniobra sectaria, fraguada en

las lógicas y puesta en ejecución por un desalmado. Tal es, por lo menos hoy, la opinión dominante entre los católicos de Francia.

II

Muerte de Mr. Faure.

En el 16 de Febrero último, un violentísimo ataque de apoplejía acabó casi de súbito, con la existencia del Presidente de la vecina República Francesa.

Cuando recobró el sentido el moribundo enfermo, su esposa y sus hijas le tenían cogidas las manos estampando amorosos ósculos de filial cariño. Mr. Faure las miró con los ojos ya turbios, trató de estrecharles las manos, y sus labios pálidos y tremulos murmuraron:

—“Esto ha acabado. Siento bien que esto ha acabado. Pido perdón á todos, aquellos á quienes haya podido ofender.” Mr. Faure estaba sentado en un sofá apoyada la cabeza en el respaldo, entre su esposa y su hija Lucia, que le tenían cogida de las manos. Frente á él, sentada en un taburete, se hallaba la otra hija del presidente, Mad. Berge. En un ángulo del salón estaban los médicos, y en el otro M. M. Le Gall y Bailloud y los oficiales del cuarto militar. M. Faure pugnaba inútilmente por hablar y por abrir los ojos. Al dar las nueve, Faure se desplomó sobre un lado del sofá recogiéndolo su esposa en los brazos. Los médicos le aplicaron una inyección de cafeína, sin resultado. Entonces se trajo á la estancia un colchón, y sobre él fué tendido Faure. M. Bailloud, arrodillado, le sostenía la cabeza. El médico Lannelogue le tomaba el pulso. En torno la esposa é hijas de Faure, arrodilladas rezaban. Desde el momento en que el doctor Potain declaró que no había salvación posible para el presidente, Mad. Faure mandó que se llamase deseguida á un sacerdote. Un cabo de la guardia del palacio corrió á buscar al párroco de la iglesia de la magdalena. Pero trascurría el tiempo y el cura no llegaba. Entonces Mad. Faure, alarmada é impaciente, ordenó que salieran varios soldados en distintas direcciones y que trajesen al Elíseo al primer sacerdote que se encontraran. Uno de los soldados encontró en el Fambourg Saint-Honoré á un eclesiástico, el abate Renault, capellan de la cárcel del Depot, que regresaba tranquilamente de comer en casa de una hermana suya. ¡Venid conmigo, Señor cura; un enfermo se muere!»—le dijo á quemarropa el soldado. Cura y soldado emprendieron precipitadamente la marcha hácia el Elíseo, entraron en él, atravesaron varios salones sin que encontraran á nadie que les preguntasen dónde iban, y al empujar una puerta se encontraron manos á boca con M. Faure, agonizante en un sofá y rodeado de su familia. Tan grande era la confusión en el palacio presidencial, que parecía abandonado. El abate Renault dió la absolución á monsieur Faure. Al terminar el sacerdote sus preces, el médico M. Lannelongue, que seguiría arrodillado y teniendo en sus manos la derecha del moribundo, se levantó y dijo en voz grave. El señor presidente acaba de morir. En aquel momento el relój del salón dió las diez.

En la capilla ardiente, junto al féretro donde yacían los restos mortales del Presidente, fueron depositadas varias coronas, por los representantes respectivos de las diversas potencias. El Nuncio de su Santidad, y varias Hermanas de la Caridad oraban religiosamente al lado del cádaver de Mr. Faure, á quien Dios haya perdonado.

R. I. P.



Dos palabras sobre un libro.

El Sr. D. Eloy Pedrajas y Nuñez-Romero, Catedrático del Instituto de Badajoz, ha tenido la amabilidad de remitir á nuestro Director un hermoso libro que atenta y cariñosamente le dedica. Pero como estrechísimos lazos de antigua y jamás empañada amistad, unen al Catedrático de Religión con el Director de esta *Revista*, y, por otra parte hemos encontrado un muy apropiado juicio crítico del libro *Guadalupe*, nos honramos, también, reproduciendo lo que del citado libro escribe *Un lector*, á través de cuyo pseudónimo, vemos el elegante estilo y castizo lenguaje de otro amigo muy querido:

CARTERA BIBLIOGRÁFICA.

«Así como nos congratulamos al recibir en nuestra casa la visita de un amigo, que viene precedido de excelentes referencias, del mismo modo ha rebotado el júbilo en nuestra alma al llegar á esta redacción un ejemplar de las *Impresiones artístico-religiosas* que en su visita al famoso Monasterio de *Guadalupe* experimentara su egregio autor, el ilustrado presbítero, con cuya amistad nos honramos, D. Eloy Pedrajas y Nuñez, catedrático de Religión en el Instituto de esta provincia.

»El libro, que hoy aparece, contiene la serie de cartas publicadas en un periódico de la capital á instancias de un amigo del autor, á quien las dedica, y por consiguiente son bastante conocidas del público extremeño, para el cual no habrán pasado inadvertidos los primores y galanuras de estilo, el lenguaje correcto y castizo, así como una dicción fluida y abundante que corre y se desliza, unas blanda y otras impetuosa, en todas las páginas de la obra recientemente editada.

»El joven presbítero dá una gallarda muestra de su profunda erudición en la colección de cartas, que examinamos, y para juzgar de la verdad de nuestro aserto bastaría trasladar á estas columnas el Índice de materias tratadas en cada una de sus cartas—verdaderos modelos del género didáctico—para comprender cuan familiares son al Sr. Pedrajas todas las bellas Artes y sus auxiliares sobre las cuales discurre con solidez de juicio y profundidad de acierto.

»Un ¡ay! de dolor arranca á su alma de sacerdote y de extremeño el estado lamentable en que se encuentra el edificio destinado en otro tiempo á casa de oración; pasó por

ella el *progreso*, arrancando de cuajo cuanta riqueza y preciosidad artística acumularon en ella la piedad y el generoso desprendimiento de nuestros ilustres monarcas, ocupando entre ellos un lugar preferente el calumniado Felipe II, brazo derecho de la Iglesia y martillo de la herejía, cualidades mal vistas por los historiadores protestantes, á los cuales han secundado no pocos españoles, interesados en amenguar las altas prendas que adornaron al rey *Prudente*.

»El Sr. Pedrajas ha conquistado en poco tiempo la estima y consideración de cuantos se interesan por las reformas pedagógicas merced á una serie de estudios titulados «*Harmonías de la educación*,» en los cuales ha evidenciado ser un perfecto conocedor del vasto y complejo problema educativo sobre la base de la enseñanza cristiana, siguiendo para ello el derrotero, que tan luminosamente trazó en sus obras el ilustre Obispo de Orleans, Mr. Dupanloup.

»El púlpito es también para nuestro querido amigo, hermoso escenario, donde pone de realce el fuego de su alma de levita para atraer los corazones de los fieles á la práctica de la virtud rindiendo en todos sus actos de predicador ferviente culto á la Virgen Inmaculada, fuente de todo bien.

»De sus condiciones de polemista y copiosa doctrina literaria pueden testimoniar cuantos, como nosotros, tuvieron el gusto de oírle en los brillantes ejercicios de oposición practicados en Madrid para proveer varias Cátedras de Retórica; en ellos demostró una fuerza lógica de raciocinio y una argumentación tan convincente, que se hacía temible á las contrincas para quienes la dialéctica parecía materia casi desconocida.

»Confirman lo dicho por nosotros el testimonio de algunos de los vocales, pues recordamos haberle oído á uno de ellos estas palabras textuales: «El Sr. Pedrajas es persona de conocimientos y ha estado muy bien, pero...» este maldito *pero* le habrá perjudicado á fin de no ver conseguidos sus propósitos, como desean sus amigos, y entre ellos el que le envía aplauso muy entusiasta por la obra llamada á figurar con alabanza en la rica literatura extremeña.

»UN LECTOR.»

De todo corazón hacemos nuestras las frases precedentes, felicitando á nuestro querido Eloy por la terminación de su trabajo que con creciente entusiasmo hemos saboreado.

El libro del Sr. Pedrajas es una obra recomendable bajo todos conceptos y desde cualquier punto de vista que se la estudie. Más diríamos de nuestro amigo si este joven sacerdote no gozara justa fama de hombre erudito y de inteligencia privilegiada.